

DIE MACULET, Rosario y ALBEROLA ROMÁ, Armando. *Jorge Juan Santacilia. De «Pequeño filósofo» a «Newton español»*. Novelda (Alicante): Edicions locals/Augusto Beltrá, 2005, 163 pp.

Los autores de este estudio son dos especialistas del siglo XVIII. El profesor Alberola es un cualificado maestro de la historia dieciochista y la investigadora Die Maculet es posiblemente la persona que más sabe sobre Jorge Juan. Han consultado numerosos archivos y reunido una copiosa y rica información sobre este ilustre marino, que les ha permitido rellenar vacíos, corregir errores y matizar afirmaciones sobre la figura y obra de tan gran científico. Por eso es de agradecer que hayan agrupado en este libro algunas de las muchas aportaciones que han presentado en las distintas reuniones científicas que se han celebrado con motivo del tercer centenario del nacimiento de Jorge Juan.

El libro aparece estructurado en cinco capítulos, en los que analizan distintas etapas de la trayectoria vital de Jorge Juan. En el primero estudian el lugar de su nacimiento, pues aunque sus contemporáneos daban como seguro que había nacido en Novelda, desde finales del siglo XIX se puso en duda por haber sido bautizado en la vecina localidad de Morforte. Los autores aclaran el problema con los aportes de la documentación consultada, y afirman que, aunque nació en la finca que su familia tenía en el término de Novelda, fue bautizado en Monforte, «que se reputaba entonces barrio de Alicante», para garantizar una posible salida profesional y tener acceso a las

prebendas de la colegiata de Alicante, reservadas a los bautizados en la ciudad de Alicante.

En el segundo trazan con ricas y precisas pinceladas la trayectoria profesional de Jorge Juan: ingreso en la Orden de Malta, incorporación a la Academia de Guardias Marinas de Cádiz y servidor del Estado. A los doce años se traslada a la isla de Malta como paje del Gran Maestre, aunque no parece que adquiriese conocimientos náuticos y experiencia militar durante los cuatro años que estuvo en Malta, como declaró años después. A su regreso a España ingresó en la Compañía de Guardias Marinas de Cádiz, donde compaginó los estudios con las campañas navales. Por su adelanto en los estudios de matemáticas y astronomía fue seleccionado, junto con Antonio de Ulloa, para formar parte de la expedición geodésica franco-española a Perú, que le reportó gran fama en Europa, antes de que sus conocimientos científicos y técnicos le consagraran «como el marino más sabio de Europa y el geómetra más sublime que había producido España». Once años después, volvieron los «pequeños filósofos españoles», como los había llamado Voltaire de forma despectiva, convertidos en magníficos científicos y miembros de las Academias científicas de Londres y París. A partir de aquí Jorge Juan se convirtió en el hombre ideal para llevar a cabo los proyectos de Ensenada para modernizar la Marina. Viaja a Inglaterra con una misión de espionaje naval e industrial y, a su vuelta, se encarga del fomento y de la modernización naval y de la dirección de las obras de los arsenales de Cádiz, Cartagena y Ferrol. Con la caída de Ensenada en 1754, y su sustitución por

Arriaga, «un figurón inmóvil y somnoliento», perdió impulso la construcción naval y Jorge Juan se vio relegado del círculo de decisiones, aunque continuó al frente de la Compañía de Guardias Marinas y prestó importantes servicios al Estado.

En el tercero se ocupan de las reformas que llevó a cabo, tanto en la Academia de Guardias Marinas como en el Seminario de Nobles de Madrid, a fin de que sus alumnos adquiriesen una formación acorde con las enseñanzas que se impartían en Europa. Jorge Juan, que se había convertido en el primer científico que tuvo la marina española y en el introductor de Newton, en 1751 fue nombrado director de la Academia de Guardias Marinas y comenzó a poner en práctica una serie de reformas para fortalecer la formación científica de los alumnos, reclutando profesores idóneos para cumplir su cometido. Sin embargo, con la caída de Ensenada, se redujo drásticamente el presupuesto y la reforma no pudo desarrollarse en su totalidad. En 1770 Carlos III le nombró director del Seminario de Nobles de Madrid, que habían dirigido los jesuitas desde su fundación en 1725, y había experimentado gran deterioro desde su expulsión en 1767. Jorge Juan logró sanear las finanzas e incrementar el número de alumnos, reformó el plan de estudios, potenciando la enseñanza de las matemáticas, astronomía y física, y modificó el cuadro de profesores. Pero su salud no era buena, y tres años después murió.

En el cuarto examinan las opiniones manifestadas por los que le conocieron o trataron y ofrecen datos sobre su persona y valoraciones sobre sus

aportaciones científicas y modernizadoras. Si durante la expedición a Perú ya reciben elogios de los científicos franceses, cuando vuelven y se publican los resultados del viaje, Burriel destaca la importante contribución a la ciencia que suponía la *Relación histórica del viaje* y las *Observaciones astronómicas*. Aunque la buena impresión de Burriel se disipó muy pronto por la susceptibilidad del marino, los científicos extranjeros comenzaron a llenarle de elogios, y empezó a ser conocido como el Newton español, «tan eminente en todas las matemáticas y sublimes filosofías que es la admiración de los sabios». Juicio que repite su secretario, Miguel Sanz, en la biografía que escribió y reafirman sus amigos, científicos y eruditos, considerándole el mayor científico español del siglo ilustrado.

Y en el último capítulo analizan con detalle la autoría de una carta-representación dirigida al monarca y atribuida a Jorge Juan, denunciando los inconvenientes que suponía seguir utilizando el modelo de construcción naval del ingeniero francés Gautier, implantado en 1764 en sustitución del modelo inglés impuesto por Jorge Juan, por los defectos estructurales que contenía. A la muerte de Jorge Juan se difundió la carta, pero ninguno de sus contemporáneos la menciona al glosar su figura y obra, lo que prueba que no se le otorgó ninguna credibilidad. A mediados del siglo XIX, Adolfo Castro y José Bisse la atribuyen a Ensenada, y poco después Fernández Duro lo hace a Jorge Juan, y así se siguió repitiendo, aunque no se había confirmado su autoría. Los autores, después de analizar las dudas sobre su autoría, se decantan por atribuir la a Isidro

Fermín de Granja, segundo secretario de la Secretaría de Marina y amigo de Jorge Juan, que ya en 1767 había entregado una memoria a Arriaga denunciando el modelo de construcción de Gautier por los fallos estructurales que contenía.

La abundante documentación que los autores han consultado en diferentes archivos les ha ofrecido información más que suficiente para analizar con detalle los aspectos que estudian en este libro, y la han cotejado con una bibliografía exhaustiva, a fin de corregir, matizar o confirmar las afirmaciones que se venían repitiendo desde hace siglos y se daban por válidas sin ninguna comprobación documental.

En suma, gracias a la ingente documentación consultada y a su buen hacer, los autores describen de forma clara y precisa los aspectos más

importantes de la trayectoria vital de Jorge Juan, y sientan las bases para «afrontar el reto de escribir la gran biografía del marino». Su conocimiento del tema, la información que poseen y su buen hacer son instrumentos más que suficientes para afrontar un reto tan importante y necesario para que un personaje tan relevante, como Jorge Juan cuente con una biografía definitiva.

Por último, este interesante y delicioso libro ha sido editado con cuidado y con mimo, que pronto se convertirá en una joya bibliográfica. Además, está bien escrito, tiene un numeroso y rico catálogo de ilustraciones de rico colorido, y termina con un exhaustivo elenco de la bibliografía relacionada con el tema estudiado.

Maximiliano Barrio Gozalo